

Rosemarie Poiarkov

¿Quién, si no nosotros? (Fragmento)

Traducción del alemán de Harriet Quint, revisión de Marco Aurelio Larios

Cuéntame algo, por favor, por favor, cuéntame algo. Mi abuela no me escucha. Me columpia de un lado a otro, y mira que, con los ojos abiertos no se puede dormir. Mi abuela tararea una canción de cuna.

Cuéntame algo. Por favor. Me suelto y me vuelvo pesada, mi abuela piensa que me dormí. Porque cautelosa, con tiento, se levanta, me carga, oscurece y hace frío, baja los brazos, y con suavidad los retira de mi cuerpo. Mi abuela se inclina sobre mí, me cubre con la cobija vieja, cierra la ventana, arrastra los pies sobre el piso pulido, un beso en la frente, no soltaré su mano.

Espero. Animales pequeños rascan en la pared. Mi abuela sabe que me da miedo la oscuridad. Aun así, olvidó dejar prendida la luz del pasillo.

De la negrura crecen objetos.

El armario.

La mesa.

La máquina de coser.

El baúl frente a la cortina que llega hasta el piso.

Los brazos de mi abuela son cálidos y luminosos.

Parpadeando me paro en el umbral de la puerta de la sala, quiero proteger mis ojos de la luz y mis oídos del ruido de la televisión. Mi abuela está sentada en el sillón floreado.

- No puedo dormir.

Me mira. ¿Acaso me escuchó? Estira sus brazos: ven. Los hilos del tapete suave me hacen cosquillas en la planta del pie. Me subo a su regazo y me acurruco. En la pantalla resplandecen los colores. No quiero regresar, porque me da un poco de miedo.

Reuní la poca fuerza que me quedaba y abrí la cortina. La tarde era todavía luminosa, pero a las cuatro y media ya iba a oscurecer. Podía seguir acostada, como si estuviera enferma, imaginándome un catarro, tos y debilidad, clavar la mirada en el vacío y soñar, esperar a que pase el tiempo, y Boris entra a la habitación y me pregunta qué tengo, si estoy enferma, me doy la vuelta sin decir nada, encojo las piernas, apoyo las manos, podía seguir acostada,

esperar, hasta que llegue Boris, abrazarlo, besarlo, dormir con él, y el mundo estaría completo y nuevamente en su lugar. Pero mejor pensé en mi abuela y mi abuelo y en la casa y en el jardín de atrás y en los niños vecinos, cuyos nombres había olvidado, y de cómo eran y si los había querido. Eran todos más grandes y fuertes y tenían otros juegos que orgullosos nos enseñaban a mi hermano Bernd y a mí. Podría preguntarle a Bernd por los nombres de los niños y por nuestras aventuras, Bernd tenía mejor memoria para estas cosas. En vez de levantarme y sentarme frente a la computadora para trabajar, cerré los ojos y mejor quise soñar con los niños, de aquellos días de verano.

Está sentado en la orilla de la alberca con los pies en el agua. Es el jardín de mis abuelos. La alberca está honda, no sé qué tan honda, pero más honda que cualquier otra, en la que alguna vez nadé. En el sol del mediodía pensé ver los azulejos del fondo de la alberca, una Fata Morgana sin la cual no hubiera saltado al agua.

Una de las lámparas del jardín alumbra directamente su espalda redonda y bronceada. Se apoya en los brazos. Como si estuviera examinando los movimientos de la superficie nítida del agua.

Los grillos cantan.

Quiero gritarle: este no es el mar. Es un hoyo dragado con pocos metros de diámetro. No alcanzarás el fondo, ¿cuánto tiempo puedes contener la respiración? Por la mañana estará flotando en la alberca tu cadáver hinchado.

Me incorporo, voy y me siento a su lado y dejo colgar mis piernas junto a las suyas.

Boris era una suposición.

Yo era una suposición.

Si entre los dos dábamos una conclusión lógica y válida, no lo sabía.

Al principio de mi relación con Boris le decía: quiero aprender de ti, tu modo de vivir.

Hace años, ya había caído una vez en un estado de autohipnosis. Me elevé unos centímetros de la cama, sin imágenes y muy cerca de una entidad sin peso, me excité tanto sexualmente que me masturbé, sin embargo siempre platicaba de un suceso místico nunca antes conocido, porque lo erótico parecía disminuir la experiencia espiritual. Tendré que defenderme de la posesión de mi mundo por Boris. Tardaría unos minutos, quizás unas cuantas horas, para que ya no se me enchinara la piel, cuando se acerca demasiado.

La habitación estaba oscura.

En la casa de enfrente alumbradas las ventanas.

Podía seguir acostada hasta la repentina entrada de Boris, hasta que prendiera la luz, me platicara de su día y me preguntara por el mío. Yo le diría que trabajé en un artículo sobre el tema *Relaciones a distancia* que debía entregar al día siguiente. Eso había hecho durante la mañana. Mi tiempo favorito para trabajar era de noche, pero desde que Boris vivía aquí – temporalmente- debía arreglar todo en el transcurso del día, porque tenía dificultades para motivarme, cuando se encontraba cerca. Mi mamá me había pedido visitar a mi abuela en el hospital. Y como era Navidad y yo de todas formas la quería ver, había aceptado. Me hubiera gustado tener otra abuela. Una con la que se pudiera viajar a Israel o a otro país distante; una que escuchara y también le gustara platicar. Mi abuelo falleció cuando yo tenía seis años. En las fotografías aparece un poco apartado. Los mechones blancos dispersos en su cabello negro, la nitidez de su piel, la postura recta de su cuerpo y el gesto un poco burlón en la comisura de sus labios, hacen imposible determinar su edad. Sólo el entorno distinto, el papel de las fotografías y las facciones cada vez más duras de mi abuela comprueban el paso del tiempo. De una fotografía a otra, mi abuelo se convierte en un anciano de labios delgados con un osito en el regazo. De suposición en suposición, y suponiendo y suponiendo, se deduce: después de los treinta no más cuestionamientos de las suposiciones. ¿Pensaba mi abuela que su vida había llegado a un fin lógico? ¿Le dejaba la decisión a Dios? ¿Se sabía cuándo era el tiempo? ¿Podía admitirse la vida cuando ya se había aceptado la muerte? En esta época de los avances en la medicina, ¿era posible saber cuándo la muerte era lógica, propia, sin temor al miedo, a haber renunciado demasiado temprano? Desde la perspectiva de la lógica eso no era posible. Pero las suposiciones en cualquier momento pueden cambiar y el mundo convertirse en otro. Mi abuela corre alrededor de la mesa del comedor, pero no nos atrapa, Bernd y yo nos reímos. Cuando mi madre introduce la llave en la puerta, Bernd y yo nos escondemos debajo del enorme mueble. El mantel que llega hasta el piso nos esconde. Me río para mis adentros, Bernd me da un codazo en las costillas. Un par de zapatos de tacones se deslizan debajo de la mesa. Agarro uno y miro el paisaje escarpado de la planta del pie. Se le abrió un hoyo en la panty media. Las cosquillas se sienten mejor en la piel desnuda. Bernd me mira con desprecio. Me alegro cuando, de pronto, tengo en frente la cara de mi mamá y la puedo besar en la boca. Del otro lado se asoma mi abuela. La mesa es redonda y de color café. Vámonos a casa, dice mi mamá. Bernd me tuerce el brazo, yo no digo ni pío, con un puñetazo en su estómago me libero, mi mamá me agarra de las axilas, me saca debajo de la mesa y me avienta al aire. Bernd era un niño salvaje, gritón, descarado y alegre. Yo era una niña

obediente, tímida, buena y en la primaria siempre con la mano alzada, mientras que a Bernd el muy querido maestro le acabó a cachetadas su interés por el conocimiento. Mi mamá no podía hacer nada, un título académico le hubiera sido más útil que su diploma de estilista. Le di la queja a mi mamá que el maestro muy poco me tomaba en cuenta, mi mamá lo reportó en la junta de padres de familia, el merecido anciano se burló de mí frente a todo el salón, nunca más, me juré, voy a delatar, ¿necesitas pañales?, le pregunta el viejo jorobado a mi mejor amiga, Teresa, la que seguido va al baño, y cada vez tiene que ir más seguido, y la pregunta se repite igual, y todo el salón se ríe cada vez más estrepitosamente. Mi abuela vivía en su propia casa. Yo estaba convencida que todos los parientes convenían que yo quería esta casa. Nunca antes lo había pensado, pero ahora sí. Que una casa pudiera pertenecerme. Mi casa. Las primeras gotas de lluvia golpearon desafiantes las ventanas. Hoy en día, las lectoras de revistas ya no se interesan por las relaciones a distancia entre conductores de locomotoras y sus esposas, sino cómo llevar una relación con aquel/aquella que tiene un trabajo bien pagado en una empresa grande en el extranjero. Mi padre había sido conductor de locomotora. Cuando ya no podía defenderme de los demás niños, lo acompañaba, en momentos decisivos apretaba el botón correcto, le hacía de comer y le lavaba la ropa en el Rin o el Danubio. Mi padre no se había quedado en una ciudad misteriosa, sólo había cambiado el número de su domicilio.

Tocaba la madera y durante algunos minutos miré el péndulo del enorme reloj en la sala de mi abuela, como se movía de un lado a otro, de un lado a otro...

Mi celular timbró. Boris me comunicaba por mensaje que podría hacerse tarde, se había encontrado con alguien que hacía mucho no veía. En este momento sentí la decepción – *desgraciadamente este fin de semana ella no irá con él porque no puede perderse el curso* – y el estirón del anhelo – *¿No es eso lo que podemos aprender de las grandes relaciones de amor de la literatura y el cine? ¿Que el anhelo es una droga para el amor?*

2

Mamá tiene una cara redonda, enrojecida, inflada de la comida, hinchada del alcohol.

- ¿Por qué tardaste tanto?

En sus ojos hay un brillo repentino, sus labios se mueven, sus ojos se llenan de lágrimas. Te llamé cientos de veces y no contestaste, le digo desesperada. La casa de mi abuela, antaño un buen ejemplo para talleres de amas de casa, está llena de bolsas de McDonald's, cajas de

pizza, envases de leche, jugo y vino, colillas de cigarros, cadáveres de flores, huele a cagada y miados de gato. Abro la puerta del balcón, es tan sucia que los rayos de sol quedan suspendidos ante ella. Afuera un día de verano, canturreo de pájaros. Sobre el balcón se amontonan objetos que conozco de antes. Se había traído hasta la banca que tuvimos en nuestro balcón anterior, que no encontraría otro dueño ni tirándola a la basura, y la había puesto sobre los demás muebles. Mamá, le digo despacio, debes salir de aquí. Mamá se levanta, tambaleando se acerca, me abraza, yo huelo el alcohol y mantengo la respiración.

- Ahora estás aquí, ahora todo estará bien.

Cuando desperté, la estación del tren estaba frente a la ventana. Del otro lado del andén mi madre me saludó con la mano en alto. Llevaba puesto un abrigo negro de invierno que nunca le había visto. Mientras avanzaba hacia ella, cantaba un villancico arreglándome con las manos el cabello. Lamenté no haberme aplicado lápiz labial cuyo color hubiera estado en armonía con el abrigo nuevo de mamá.

Camino al hospital, mi madre me contaba que por el momento mi abuela se sentía mejor, que las enfermeras eran muy amables y el médico en jefe muy competente. Pero que mi abuela se halla en una habitación con otros pacientes que ya no tenían, ni siquiera, la fuerza para conversar.

Mi abuela estaba acostada en una cama junto a la ventana, dormida. Se veía pálida, los rizos de su cabello se enroscaban alrededor de una cara blanquecina, el suero goteaba por una manguera en su codo, una bolsa de plástico llena de orina colgaba de la cama del lado de la ventana. ¿Se veía así un moribundo? Sobre la mesa de noche unas flores, cajas de chocolate, revistas para mujeres, unos lentes.

Vamos a tomar un café, susurró mi madre.

Cuando regresamos a la habitación mi abuela se encontraba sentada en la cama, con una almohada gruesa en su espalda y nos fijó con su mirada. Nuestro saludo no fue contestado por nadie. Se había quitado los rizos de la cara. Abracé a mi abuela, la besé de mala gana en la mejilla, y le entregué la edición más reciente de la revista para la que escribo con regularidad. Que pusiera la revista sobre la mesa de noche, luego le daría una ojeada.

Mi madre preguntó si estaba cómoda, si no quería que le reacomodara la almohada, ¿quizás levantarle la cama?

Mi abuela negó con la cabeza, la enfermera ya le había ayudado.

Que si no le daba gusto verme, preguntó mi madre.

- Anna, mi niña, dile a tu madre que no iré al asilo. Dile, que la abuela mejor se muere antes de dejar su casa. Dile tú eso. A mí no me hace caso.

La voz de mi abuela había cambiado. O quizás sólo era una impresión mía. Mi abuelo había fallecido cuando yo tenía seis años. Mi otro abuelo había muerto en la guerra; mi abuela paterna había fallecido antes de mi nacimiento en un accidente de autobús. Según las probabilidades, seguía mi abuela. Me daba curiosidad la muerte. Y me avergoncé de eso.

Cuando íbamos a casa de mi madre algo extraño, lúgubre se había instalado en los árboles que rodeaban la calle. Como si hubiera ido demasiado lejos. Como si hubiera evocado la muerte, la que se había dejado convencer de esperar.

Mi madre hablaba de la fiesta de Nochebuena del día anterior. Primero la abuela no quiso asistir a ella, se sentía demasiado débil, pero luego una enfermera la hizo cambiar de opinión. Mi madre la había llevado en la silla de ruedas con los demás pacientes, sirvieron galletas, leyeron poemas, cantaron villancicos. Mi abuela trató de cantar con todos, sin embargo, de su voz quebrada no se escuchó más que un graznido débil. Pero esa luz que brillaba en sus ojos, jamás ella se la había visto a mi abuela. Y mucho menos en Navidad, que nunca había podido disfrutar, ya sabía yo de qué se trataba. El médico en jefe dio un discurso, habló de la fiesta familiar y del recibimiento, y estas frases habían conmovido profundamente a mi madre aunque, con seguridad, las habrá escuchado miles de veces. Se acercó a una enfermera y le preguntó si era posible, en Navidad, llevar a casa por unas horas a mi abuela, pero le advirtieron que en cualquier momento podría pasar algo.

Según eso estable, pero todos los que venían a visitarla sólo pensaban en el final. ¿Y mi abuela? ¿Si pudiera escoger, qué decisión tomaría?

El viento cálido hacía tétrica la oscuridad. En Navidad debía de hacer frío, un frío cristalino como el mejor Vodka, no necesitaba la nieve, pero el viento cálido del sur hacía a los hombres agresivos y volubles.

Antes, en Nochebuena limpiábamos la casa. La época de Navidad era de los pocos días del año en los que vivíamos en una casa acogedora, amplia, sin desorden y nuestra imagen se reflejaba en el secreter pulido y reluciente. El Árbol de Navidad se adornaba el día 23 de diciembre muchas veces hasta entrada la noche. Mientras estuve en casa le insistí a mi madre que pusiera el pelo de ángel y la guirnalda plateada hasta el final, cuando ya me había

acostado. Mi madre tenía razón, mi abuela siempre significaba estrés. En ocasiones en Navidad empezaba a pelear sin razón con mi padre o, mientras esperábamos su llegada, le daba sermones a mi madre, diciéndole que se había casado con el hombre equivocado, que siempre se lo había dicho, no sólo sufría ella sino más que nadie los niños, y entonces, a veces, mi madre se desaparecía, y Bernd y yo nos quedábamos solos con mi abuela, con la que casi no hablábamos, porque no podíamos perder de vista la puerta de entrada para tocar a tiempo la campanita cuando mi padre se acercara a la casa, no siempre sobrio, pero a quién le importaba eso. Éramos los niños con ojos brillantes, que le dábamos a la Navidad aquella importancia que de adulto se añora, hasta tener hijos propios. No estoy segura si eso continuará, pero con el tiempo hasta al Halloween nos acostumbraremos. Bernd y yo éramos hijos deseados, primero un niño, luego dos años después una niña, no salíamos de casa sin avisar, amábamos a nuestros padres, y de Navidad esperábamos al Niño Dios, que siempre llegaba a pesar de algunos obstáculos.

Al poco rato sólo estábamos reunidos tres alrededor del Árbol de Navidad, mi abuela prefirió a un tío, mi padre a otra mujer, durante un tiempo corto éramos una pequeña familia que nos pertenecía a los tres, navidades pacíficas, en las que introducimos rituales nuevos, cena fría, la lectura del principio del Evangelio de Mateo, villancicos empalagosos, televisión apagada y, nuevamente se hacían fotografías.

Entonces mi madre conoció a Franz.

Un sábado soleado de invierno, estaban de pronto los dos en la carnicería. Mi madre puso la lista de compras muy cerca de su cara, revisó los precios y estuvo atenta a las voces de su alrededor. Como no se le hizo conocida ninguna, empezó un diálogo con el hombre que se hallaba a su lado. Que porque tenía una lista de compras tan larga, que si se preparaba para una fiesta. El hombre le contestó que quería hacer una fiesta para su hijo y su familia de cinco integrantes. A mi madre le gustó la voz del hombre. Su abrigo gastado por el uso la conmovió. El hombre y mi madre salieron juntos de la tienda. Resultó que vivían cerca uno del otro. Su esposa había fallecido hace años.

Después de haberse separado de mi padre, mi madre empezó a trabajar de sirvienta. Ganaba dinero extra cuidando a los niños de los vecinos. La oficina de empleos no encontró ninguna solución a la creciente demanda de empleo de las estilistas mayores de cuarenta años. En la semana que siguió, a aquel sábado, siempre tuvo que pensar en el hombre. Le dio gusto haber tenido tanto trabajo. Así no se desvía la mente tan fácil. De noche, sin embargo, se soñaba cabalgando sobre los campos. Estos sueños la elevaron a un sentimiento acogedor, hace

mucho olvidado. El viernes, de manera sorpresiva, fue al salón de belleza. Bromeando, le pregunté que si se había enamorado. Mi madre se enojó, a veces uno quiere hacer algo para sí mismo, los asuntos con hombres me correspondían a mí.

La tormenta de nieve empezó el sábado en la mañana. A pesar de ello mi madre fue de compras. Si no, ¿qué íbamos a comer el fin de semana? Cuando almorcé al mediodía se hallaba extraordinariamente mal humorada y se quejaba, lo único que hacía era trabajar y no tenía tiempo para sí misma. La dejé hablar, arranques como ese la aquejaban de vez en cuando. ¿Podrías imaginarte que un hombre se interese por mí? preguntó de pronto con una voz clara de muchacha y se me quedó viendo con indiferencia deliberada. La tranquilicé diciéndole que todavía no era vieja y se veía muy atractiva. Qué pinche tormenta, dijo mirando por la ventana. Mi madre no acostumbraba decir palabras malsonantes. El lunes se compró un vestido nuevo. Luego todo volvió a la normalidad. Hasta que una noche de marzo dijo que se iba a encontrar con Franz en el Heurigen. Había conocido a Franz en la carnicería. Y lo volvió a ver en el desfile de carnaval. Ella había asistido con Tom, el niño vecino, y él con su nieta Natasha. Habían tomado café juntos, él la había traído a casa en su coche. El siguiente sábado volvieron a coincidir en la carnicería. Y tomaron nuevamente café. Y luego la invitó al Heurigen. Y luego otra vez. Y hoy nuevamente. Que cómo veía yo eso. Poco tenía que decir, no sabía cómo se desarrollaban los amoríos a esa edad y menos con una vida matrimonial ya vivida. ¿Trató de besarte?, me parecía una pregunta inadecuada. Cuando estaba con Franz siempre tenía miedo de encontrarse con mi padre. Podría llegar a pensar que es una mujerzuela. Hacerle una escena. Pensar de pronto en quererla tener de vuelta. Y entonces Franz ya no iba a verse con ella. O creer que lo había engañado. Todavía no está divorciada. Si entiendo a lo que se refiere.

Por lo visto, mi madre tuvo suerte y nunca se encontró a mi padre, porque ella y Franz se seguían viendo. Era inusual no ver a mi madre en casa todas las noches. Bernd y yo nos disgustábamos porque, a veces, teníamos que planchar nuestra ropa. Mi madre ya no hablaba de Franz, en cambio pidió mi opinión para comprarse ropa interior.

Después de medio año fuimos a comer juntos los cuatro.

Me agradaba Franz. Resultaba un hombre mayor, bonachón, que trataba con mucho cariño a mi madre. Era fontanero pero desde hace tiempo trabajaba como técnico para el hogar. Franz bebía con medida, ahorraba, mantenía contacto con su hija en Australia y se ocupaba de la familia de su hijo. Luego me enteré que, hasta el día de la comida, mi madre no había dormido con Franz.

Poco antes de que mi madre se mudara con Franz, el matrimonio de mis padres se había disuelto. Mi padre empezó a usar pantalones de mezclilla, yo me mudé a Viena, donde estudiaba, y mi hermano alquiló un departamento en la pequeña ciudad en la que habíamos crecido. Ahí se sentía él en casa.